para decir á los que despreciaban su pobreza: Tengo en mis venas sangre de David, y María, mi Esposa, trae en su seno al deseado Redentor de los pueblos.

Pero cuando abrasada su frente por los rayos del sol del Africa, dolorida su cabeza por el aliento envenenado del simoun, ensangrentados sus pies por las ardientes arenas del desierto y afligido su corazón por el continuo sobresalto de la Virgen Madre, caminaba desfallecido con Jesús hacia el Egipto, ¡ah!, entonces, sí; entonces, estrechando contra su corazón al divino Niño, le decía lleno de confianza: Hijo mío de mi corazón, perdona á los que te persiguen, porque no saben lo que se hacen.

¡Oh qué dulce venganza la de las almas humildes! ¡Qué grandes son los merecimientos que adquieren para el cielo. *Mittet radicem deorsum et faciet fructum sursum.* Aquí, en la tierra, la humildad de José produciendo el amor, la paciencia y el perdón; y allá, en el cielo, José recibiendo de las manos de Dios el báculo de Patriarca universal de todas las presentes y futuras generaciones de la tierra, por el amor que manifestó á los hombres en las comunes amarguras del destierro y por el que sigue dispensándoles desde el cielo.

III

Veamos, por último, cómo la humildad fué la base de lo que San José hizo para con Dios.

Hagoos saber, dice el Apóstol San Pablo, *que en los postreros días habrá unos tiempos muy peligrosos, porque los hombres serán muy amadores de sí mismos, codiciosos, altivos y soberbios* (1). San Agustín interpreta que el peligro para la Iglesia de los últimos tiempos, consistirá en las herejías. Y en realidad de verdad, ¿de qué modo podrán

(1) II Timot., III, 2.

creer en Jesucristo los que, como dice el mismo Salvador por boca de su Evangelista San Juan, *buscan ser honrados los unos de los otros y no buscan la verdadera honra que sólo viene de Dios* (1)? ¿Cómo podrán creer en el que viene declarando guerra á las riquezas y á los placeres los amigos de los placeres y las riquezas? ¿Cómo podrán creer en el que viene á concluir con todos los delirios de la inteligencia, estableciendo una Iglesia, maestra de toda pura verdad y de toda sana doctrina, los que gustan entregarse á los ensueños de su propia imaginación, cuando cierra la noche y en la mitad del día? ¿Cómo han de querer dejarse llevar de la mano por los caminos de la fe los locos de atar, que han dado en la manía ó en la ridícula pretensión de analizar los juicios infinitos y los misterios incomprensibles de Dios con su propio y finito juicio? ¡Ah, cristianos!, para creer es necesario, como dice el Apóstol San Pablo, un entendimiento humilde y rendido, *in captivitatem redigentes omnem intellectum in obsequium Christi* (2); y los soberbios impíos se juzgan genios y guías de la humanidad, y es tan grande el orgullo de su razón por la fuerza de luz y de intuición, que piensan poseer el orgullo de Satanás por su hermosura. Por eso no admiten Maestro infalible de la verdad, pretendiendo ser ellos ciegos y locos los maestros y los doctores. Pero el humilde que se juzga ignorante, no quiere analizar las palabras de Dios, sino que, como José, las escucha reverente y pone en práctica sus mandatos, confiando en que el poder divino lo sacará triunfante de todas las adversidades y contradicciones del mundo, del demonio y de la carne. Y en esta tierra labrada por la humildad y por el rendimiento en escuchar las palabras de Dios, crece la fe, que es rica semilla llovida del cielo.

También la esperanza se sustenta con la humildad. Vese el justo rodeado de enemigos que quieren concluir

(1) Math., VI, 2.
(2) II Cor., X, 5.

con él; vese rodeado de tropa innumerable de tentaciones, de deseos de gloria y de fama, de ensueños deleitosos de placeres, de arrebatos de ira, de dudas contra la fe, de pereza en la guarda de los mandamientos, y como si esto no fuera bastante, despiértase dentro de él la libidinosa concupiscencia, y por de fuera atácanle enjambre de penas, de cuidados, de enfermedades y de desgracias; y como él se mira con escasas fuerzas para resistir á tantos y tan iracundos enemigos, como sabe que *si Dios no custodia la ciudad* de su alma, *en vano vigilará él de noche y de día para defenderla* (1), exclama lleno de humildad y confianza con el profeta David: Señor, Dios mío, en ti esperé; sálvame de todos los que me persiguen (2). *Domine, Deus meus, in te speravi, salvum me fac ex omnibus persequentibus me et libera me.* Y así, de la humilde desconfianza en las propias fuerzas, nace la risueña esperanza en el divino poderío.

¿Quién es el hombre?, dice el humilde con Job, viéndose rodeado de los favores del Señor. *¿Quién es el hombre, Dios mío, para que os acordéis de él y pongáis vuestro corazón en él y le hagáis tantas mercedes* (3)? ¿Quién es el hombre, que has extendido los cielos bordados de estrellas sobre su frente, formándole pabellón encantado? ¿Quién es el hombre, Señor, á cuyo pie has sujetado la mar potente y brava? ¿Quién es el hombre, por cuya salvación tomaste carne en las entrañas de una Virgen, viviste vida de trabajos y exhalaste el último suspiro en una cruz? El hombre es un gusano de la tierra y Tú lo has elevado sobre las jerarquías celestiales. El hombre te debe amar, porque lo sacaste del polvo de la tierra y le diste alma creada á tu imagen y semejanza; porque era esclavo y lo hiciste libre, ciego y le volviste la luz, tullido y lo levantaste del lecho en que se hallaba postrado. Todo esto piensa el humilde y se enciende en su corazón la llama de la caridad, que es la reina y soberana de todas las demás virtudes y el alma que las da vida.

(1) Ps. CXXVI, 1.
(2) Ps. VII, 2.
(3) Job, VII, 17.

Fe, esperanza, caridad, virtudes teologales sin las cuales es imposible la salvación, las tres nacen de la humildad. Por eso José, que todas las abrigó en su pecho, es el hombre justo del Evangelio. Antes de que resonara por los ámbitos del mundo la voz de Cristo, predicando su nueva doctrina, ya José la ponía en práctica y era viva imagen de Jesús, porque de Jesús niño, que ejecutó de obra desde el punto de su nacimiento, todo lo que después había de predicar de palabra y confirmar con su muerte en el Calvario, tomó José todas aquellas perfecciones y semejanzas del eterno bien hecho carne; pudiéndose decir que José fué el primer discípulo de Cristo y el primero y más humilde de todos los cristianos.

Yo me lo represento en los días de su peregrinación por la tierra, *agente y secretario de Dios en el misterio de la Encarnación*, como lo llama San Bernardo, con el Verbo de Dios ya nacido en sus brazos y puesto en ellos para su custodia, diciéndole con aquella hondísima humildad que le nacía de los senos de su alma: ¿Quién soy yo, que me has escogido para tu resguardo, sino un ruin gusanillo de la tierra? Porque yo, Señor, creo que Tú eres el Hacedor de todas las maravillas de la naturaleza, que á Ti están sujetas todas las leyes; que Tú eres el principio y fin de todas las cosas, y que con tu mano riges y das de comer á todas las criaturas. Y aun cuando te veo en este valle de lágrimas sujeto al dolor, yo se que Tú eres el rey de todas las alegrías y bienaventuranzas de la gloria. Y aun cuando lloras y yo enjugo tu llanto y tiemblas de frío, cuando sopla el cierzo helando mi cuerpo, y das gemidos inocentes, cuando sientes hambre, yo creo que con todas estas flaquezas de la carne eres Creador de todo lo nacido y que el sol de los cielos apenas es un destello de tu hermosura, y la inmensidad por donde se pasea, presi-

diendo los otros astros, no puede abarcar por mezquina tu infinita y soberana inmensidad. Y no sé, ¡oh mi dulce Jesús!, cómo has encogido tanto tu grandeza, para que mis brazos te puedan estrechar; ni sé en dónde has ocultado los resplandores de tu gloria, para que yo pueda mirarte sin cegar; ni sé, en fin, cómo consiente tu justicia que yo pueda estar tan cerca de Ti, sin perecer. Sobre mí está tu grandeza y me robustece; míranme tus ojos y me halagan; tu mano cae sobre mi frente y me acaricia. Pues siendo yo como soy, no hay sino que tu misericordia y sabiduría han escogido al instrumento más ruin de la tierra para el cumplimiento de tus designios infinitos, que no son otros que la salvación del linaje humano. En tu sabiduría creo, de tu omnipotencia espero y tu misericordia amo sobre todas las cosas. ¡Oh Emmanuel! ¡Oh Niño Dios! ¡Oh Niño que has tenido misericordia de mí y de todos los hijos de Adán, bendito seas!

¡Oh humildísimo José! De la raíz de la humildad nacieron en tu alma todas las virtudes, premiadas por Dios con todas las excelsas prerrogativas que poseés. Tú amaste la pobreza y poseíste á Dios; te enamoró la castidad y fuiste el Esposo virgen de la más pura de las vírgenes; reverenciaste la obediencia y el Criador de todas las cosas se puso bajo tu dominio; usaste con los prójimos de misericordia y eres el Patriarca universal de toda la Iglesia; anduviste solícito y cuidadoso con el Señor, creyendo, esperando y amando, y eres, después de María, la criatura más allegada á Dios en el cielo. ¿Qué importaron todos aquellos trabajos y penalidades, ni aquel despreciar la vida por Dios, si llegó la hora de tu muerte, y exhalaste el postrimer suspiro en los brazos de Jesús y de María?

Nosotros queremos seguir tus caminos de penas y humillaciones para merecer la misma muerte y la eterna recompensa. Llévanos tú de la mano, como llevaste á Jesús, como has llevado después á la gran sierva Teresa

de Jesús. Vive con nosotros en nuestros hogares, en nuestros trabajos, en nuestro corazón y en nuestro pensamiento, para que Jesús y María se dignen mirarnos con ojos de misericordia. Ruega por la Iglesia de Cristo y su Vicario, que cercados de olas, como la barca de Pedro en el mar de Tiberíades, te dicen con acento de esperanza que los salves; ruega por la Patria española, cuna de las Órdenes religiosas, que más bendicen tu nombre y lo propagan; y ruega por todos, para que siendo como tú humildes aquí en la tierra, contigo seamos constituidos en el cielo, poseedores de la gloria por toda la eternidad. Amén.